

nos transportaban á la contemplacion extática de la madre del Verbo ceñida de místicas estrellas. Los lugares santos, que fueran monasterios, trocaron en serrallos. ¡Ah! Yo ví las sacras efigies caidas como soldados despues de una batalla; los monjes errantes y encorvándose bajo la pesadumbre de las reliquias salvadas al naufragio; los sabios recogiendo los últimos destellos del alma de Grecia para llevarlos como un arbol de las ideas en su ocaso al lejano occidente; los santuarios destruidos, los altares rotos, las aras dispersas, las fieras del desierto en los templos y los señores de la tierra perseguidos y acosados en los desiertos. Pero no os envanezcáis con vuestra victoria. Si habeis conquistado el espacio donde se alza la santa ciudad de Constantinopla, no habeis conquistado el cielo, donde resplandece el solio de la eterna justicia. Y una noche, al acostarme, despues de haber sentido el taladro de tantas espinas en mis sienes y el remolino de tantas pasiones en mi corazon, rogué á la Virgen Madre que nos amparara á nosotros los cristianos y no os permitiera á vosotros los infieles esa conquista de tantas y tan preclaras ciudades. Dormíme con el aroma de esta plegaria en los labios y el rumor en la mente. Y aun no me habia dormido cuando una luz celeste inundó mi alma y una mujer sobrenatural surgió de esta luz mística, y me dijo: no te apenes, cristiano, que si ha caido en poder de musulmanes la ciudad mas hermosa de Oriente, caerá en poder de cristianos la ciudad mas hermosa de Occidente. El alma, que ha de conquistarla, baja ya desde los cielos á la tierra. Y en el dia de tal conquista las regiones cristianas se dilatarán hasta lo infinito y las regiones musulmanas irán restringiéndose poco á poco, á manera de una piel que se arruga y encoge, hasta volver á quedar confinadas en sus antiguos desiertos.

—¿La ciudad mas hermosa de Occidente?

Preguntó el Sultan, que habia oido hasta entonces impasible y frio las blasfemias proferidas contra el islam y los musulmanes por su poeta favorito, semejantes á las blasfemias proferidas por él contra la cruz y los cristianos.

—Sí, la ciudad mas hermosa de Occidente.

Añadió Fernan recalcando sus afirmaciones con acento imperioso.

—Entonces no puede ser otra mas que Granada.

—Justamente, Granada.

—Alhá nos preserve de daño semejante; porque, si sucediera, la derrota se extenderia sobre nuestros ejércitos, la ruina sobre nuestros imperios, el desierto sobre nuestras ciudades.

—Pues yo te fio que está escrito por Dios; y lo escrito por Dios en el

cielo con letras de estrellas se cumple indefectiblemente en la tierra con hechos inevitables.

—Puerta del Paraíso ¿vas á cerrarte? Vivero de los mártires ¿vas á extinguirte? Tierra de España, tú estás fundada sobre los huesos de nuestros progenitores y los astros innumerables de tus cielos son ígneas centellas despedidas por los alfanges y las cimitarras de nuestros capitanes. La sangre mahometana ha regado desde las montañas de los francos hasta las playas de los andaluces; huélela y sentirás que la han vertido los santos, puesto que huele á almizcle. ¡Ah! No temo á tus profecías. Los ángeles del sétimo cielo, caballeros en corceles blancos, vendrán con sus estandartes verdes en una mano y sus alfanges áureos en la otra á sostenernos y confortarnos, como en las batallas de Alarcos, de Zalaca y de Uclés, por las cuales recobramos nuestra España, tan amenazada entonces de los cristianos como hoy nuestra última fortaleza, nuestra querida Granada. El ruido de los atambores hará retemblar la tierra, y el grito de los clarines saltar las colinas, pues si salvamos á Granada, teniendo el Oriente y el Occidente, esperamos ver los altares de Roma convertidos en pesebres de nuestros corceles y en abrevaderos de nuestros ganados. ¡Oh, Granada! Que Alhá te guarde para los que te hemos hermosado y engrandecido, para nosotros los musulmanes.

—¿No la conoces? ¿No la has visto jamás? El eden, que vuestro profeta os ha pintado, carece de la frescura de sus valles, de las formas de sus montes, de la belleza de sus vírgenes. Inútilmente querrá saber lo que es música suave quien no haya escuchado las cadencias del Genil por la vega entre los cañaverales; lo que es luz pura quien no haya visto el dia reluciendo en Sierra Nevada; lo que es oro nativo quien no haya recogido las arenas del Darro. En el círculo de sus montañas descúbrese las colinas de Loja, por cuyas faldas yacen tantos y tan deleitosos jardines; los truncados conos de Sierra Elvira, con reflejos metálicos en sus aristas y extinguidos volcanes en sus alturas; las líneas de las Alpujarras, parecidas á esas nubes inflamadas por los arboles del ocaso; las cimas cubiertas de nieves eternas, cimas, ya esféricas ó ya agudas, como rotondas de cristal y como pirámides de plata. Cuántas veces por sus colinas, al rumor de las fuentes que se desatan en arroyos y á la sombra de los álamos que se elevan al cielo, desde el pintado ajimez de un mirador moruno, he visto aquí las cien rojas torres de la Alhambra surgiendo del follaje y dibujando sus barbacanas en los horizontes; allá las interminables galerías del Generalife, con sus azulejos parecidos á piedras preciosas y sus tejas relucientes como el oro puro, destacándose entre los sicomoros y las palmas y teniendo los mirtos y laureles por alfombra y los olorosos jazmines y los trepadores rosales por corona; acullá los barrios del Albaicín, con sus patios misteriosos de color

purpúreo, engarzados en una orla de oscuros aloes y claros nopales, entre cuyas pencas espinosas levantan sus ramas y sus flores las poéticas adelfas, en primer término el cauce del Darro formado por dos hileras de sendas colinas, y en una de estas los naranjales y los granados y en la otra frente á frente los pinos de ancha copa y los verdinegros cipreses; al Norte los picachos volcánicos, elevándose entre un paraíso de florestas, al Oriente los picachos nevados, surgiendo sobre una gradería de montañas, ya celestes como turquesas, ó ya violáceas y casi moradas como amatistas; cerca de mí los cármenes, ornados con asiáticos kioskos, lejos los brazos de la vega llena de quintas y alquerías; por todas partes los matices y los reflejos y los iris de horizontes cuya luz da pródigamente á todas las cosas entonaciones tales que creéis hallaros en los senos de un mundo ideado por la imaginación y teñido de fantásticos colores.

—Alhá me conserve la vida, exclamó el Sultan, hasta que pueda ver ese eden.

—Las cinco colinas, que brillan como cinco faros en su recinto, soportan cada cual su respectivo monumento, cuyos alicatados y esmaltes á otras regiones os llevan como si hubiérais apurado alguna de esas bebidas mágicas que contienen sumos favorables á los ensueños sensuales. Son de ver las mil torres sobre cada una de las cuales campean centinelas, luciendo al sol petos y armas relumbrantes; la ciudad, tendida en torno del cerro de la Alhambra, como una granada entreabierta; las cien plazas, donde se corren cañas, se ensartan sortijas, se empeñan torneos, se celebran zambras; por las tortuosas calles, formadas de ceñudos edificios, el amante que acecha, el peregrino que pasa, el guerrero que cela, el santon que medita sobre el pedrusco adherido á una esquina, la guzla que acompaña canciones de amor exhaladas á través de las paredes desde el fondo de camarines misteriosos; por doquier el coro de lasavecillas encerradas en las orientales pajareras, el rumor de los surtidores caídos en marmóreos tazones, el aroma del azahar y de la rosa exhalado por los cármenes; en las mezquitas el muezin que llena los aires con sus notas y sus oraciones; en los contornos las compañías que alardean y se ejercitan para la próxima guerra; aquí el palacio de los reyes creado por las ilusiones de las huríes en sus arrebatos de amor y hecho por la mano de los ángeles en sus descensos á la tierra; allí la severa alcazaba con sus muros consagrados á la resistencia y sus fortalezas sombrías como la matanza y como la guerra; en la vega, floresta interminable, las almunias llenas de alcázares y de molinos, consagrados al trabajo y al recreo; en el montecillo que se eleva sobre las torres bermejas y bajo las crestas niveas miradores de tal suerte adornados, que subís á ellos por escalas con pasamanos de arroyos serpeantes y murmuradores, por escalones en cuyos

rellanos surgen cristalinas y bullidoras fuentes; delicias no soñadas, ni siquiera por los poetas, y en las cuales no creería la mente, si no la vieran y admiraran asombrados y extáticos los ojos.

—Pero confiesa que, en el espacio ofrecido por la vega mas hermosa que puede tener la tierra, alzaron los moros el conjunto de edificios mas hermoso que puede habitar el hombre.

—Aun creo verla, añadió Fernan. De lo apretados que son sus murellones y de lo espesas que estan sus torres han sacado los tuyos el nombre mágico de Granada, pues á este fruto se parece y á sus granos de rubíes. Cada barrio tiene su cerca y cada cerca sus inexpugnables fortalezas. Descúbrese en la llanura, hácia la sierra volcánica, el lugar ocupado primero por aquellos antiguos hispanos que celebraron el famoso concilio de Elvira y mas tarde por aquellos árabes damasquinos que creyeron encontrar en nuestros valles los poéticos valles tendidos por las hendiduras del Líbano. Cerca del Darro, álzase la Alcazaba Cadima, de severa antigüedad, indicando haber representado la primer defensa de los vencedores, no contra los nuestros, ó huidos ó resignados, sino contra las divisiones y contiendas de sus propias gentes. Entre esta Alcazaba y el rio descúbrese otra nueva, obra de africanos, y como africana, ceñuda y terrible. Tres barrios, á cual mas poblado, encierran sus muros. En ellos la Mezquita de los morabitos y las factorías de los mercaderes; la Mezquita de los convertidos y la Cauracha, que profundiza en la tierra y está llena de leyendas; por sus arrabales pintorescos, los zenetes, guardia africana de los reyes nazaritas; y en todo su conjunto maravilloso torres cuadradas y torreones cúbicos, formando el mas bello y mas extraño laberinto que puede imaginarse en las exaltaciones de la imaginación y en los juegos de la poesía. Al pié de la Alhambra; el barrio de los Gomeres, venidos de la sierra Velez de Gomera; y en la loma de Abahul, tan pintoresca, el barrio de los Antequeramos, lanzados á semejante sitio por las victorias inmarcesibles del gran develador de Antequera. Así, muchas veces, desde la cuesta de los Molinos, heme puesto á contemplar la ciudad; y viendo los muros que tiran á sombríos y las tierras que tiran á rosadas, con coronas de almenas destacándose en el azul claro de los cielos y circuidas de florido ramaje y cortadas por surtidores que me parecían movibles columnas de cristal de roca, he comprendido los calificativos dados á la ciudad por los poetas árabes cuando la llamaban granada de rubíes, nido de palomas, taza de jacintos y amatistas, luna llena, oriente del sol, puerta del paraíso, templo del amor, peana del Eterno.

—Aquellas montañas se dibujaron, aquellos cauces se abrieron, aquellas vegas se dilataron para que los musulimes plantaran sus edificios, trasunto de los cielos y espejo de las estrellas.

—Todos los he recorrido, y sobre todos la Alhambra. Yo he atravesado la puerta Real, yo he visto la torre de Armas, yo me he detenido en los ricos mofesares, yo he paseado por los patios del serrallo donde las fuentes murmuran entre los arrayanes y las albercas resplandecen á una en los pilones de mármol sombreadas por los aleros de cedro y de marfil. Tosco es el exterior, irregular la planta, rudos los paredones, ceñudas las murallas; pero, en cuanto atravesais aquellas puertas, veis el Eden tal como la sensual imaginacion árabe lo ha pintado con todos sus goces y todos sus hechizos. Uno de vuestros poetas me decia que los ángeles del cielo trajeron el éther necesario para amasar la áurea pasta de cuya luz estan formadas las estancias; que las flores del azahar deshojaron sus cálices y extrajeron sus zumos para perfumar las aguas corrientes por aquellos patios; que las hurries desmontaron las piedras preciosas de sus diademas en las cuales beben su luz las estrellas para cuajar las multicolores estalactitas de sus bóvedas; que el paraíso se quedó desierto de bienaventurados porque todos cogieron los cometas que pasaban por el Empíreo y bajaron caballeros en sus colas de lumbre, á recrearse en ver el milagro de la tierra y la envidia de los cielos. En efecto, andad, andad; y vereis á cada paso mil maravillas. El zaguan está alicatado por divina manera. En la estancia áurea de la izquierda el negro siervo que guarda al Sultan, cela envuelto en su rojo traje. En la estancia de la derecha el cadí administra justicia. Cerca de este sitio se abren las saletas revestidas de un zócalo de azulejos y esmaltadas de celeste y plata, donde el rey da audiencia. Por todas partes se alzan las columnas de mármol, erguidas como el tronco de las palmas, y sosteniendo las paredes aéreas como encajes, entre cuyas mallas se mezclan las guirnaldas con las leyendas y las cenefas de estuco que parecen zodiacos del firmamento con los entallados versos y proverbios que parecen zodiacos del alma. Los arcos de filigrana no podrian ser ni mas preciosos, ni mas preciados, si estuvieran hechos de plata y oro. Los templetes ostentan en sus capillas los jarrones de toques metálicos; y al pié, el lecho de púrpura adornado con pebeteros de olorosas esencias y braserillos encerrados en globos de azofar. El baño yace en dudoso crepúsculo, en fresco gratisimo, en subterráneos que parecen apartados de este planeta; y al tenderos por sus pilas de mármol, veis entrar la luz cernida por claraboyas en forma de estrellas, cerca de las cuales campean las altas tribunas, donde ocultas orquestas vierten á torrentes las mas deliciosas armonías. Mirad al término de cualquiera de estos patios y vereis mezclarse las columnas con los surtidores; erguirse por los arcos adornados de encajes, que creeríais movibles al viento, las palmas sonoras y las ramas cargadas de azahar; destacarse entre el borde oscuro de los arrayanes las claras linfas de las albercas; extenderse sobre los ajimeces de ligeras columnillas los aleros de intrincadas labores; relucir en el pavimento los mármoles bruñidos y en la altura las tejas doradas; alzarse en base de

caladas celocías rotondas parecidas á ensueños; y tras una puerta de modesta apariencia agrandarse las galerias en tantas perspectivas y unirse los arcos en tales segmentos que diríais ver el largo camino á cuyo término se encuentra el paraíso. Y solamente con el paraíso pueden compararse las estancias reservadas al retiro y al placer; los pavimentos relucientes como si fueran de metal; los zócalos cuajados de azulejos que desafian al iris en matices y á la pedrería en brillo; las paredes alicatadas con juegos de líneas en cuyas combinaciones se agotan los recursos del humano ingenio; las cenefas de ramajes y versos entrelazándose como los arabescos de pérsicos tapices; los alhamíes en que apenas cabe el vistoso lecho tendido al pié de alhacenas realzadas por relumbrantes jarrones, la techumbre donde el ébano y el marfil se juntan como la claridad y la sombra en la alborada, donde relucen cual cintas de estela en las aguas ó rayos de luna en las selvas los toques de azul celeste y los plateados relieves, donde campean puntos de tan diversos colores que los tomaríais por alas de gigantescas mariposas, donde bajan en caprichosos recortes geométricos estalactitas que os dan la idea de hallaros en las grutas destinadas á cuajar las esmeraldas y los diamantes, donde al lado de las estrellas del cielo veis las conchas del mar; objetos cuasi fantásticos, que se animan al aire perfumado de los cármenes y hablan y hasta cantan al rumor que sube de las colinas en que duerme Granada y de las vegas por que corren el Darro y el Genil, componiendo la palabra bienaventuranza, la cual resalta en todas partes como la perfecta felicidad en las pupilas de los elegidos que pasean por los bosques y las enramadas de vuestros sensuales edenes.

—Fernan, describes con tanto arte la casa de los monarcas nazaritas que nos parece verla con nuestros ojos y tocarla con nuestras manos. Alhá no consentirá que la gran victoria concedida á los fieles en Bizancio sea contrastada por una gran derrota en Granada, no lo consentirá.

—Pues, á pesar de tus súplicas, por todas partes estallan amenazas de esas que anuncian el fin de los imperios. Las guerras civiles, destructoras del califato cordobés, rompen por el reino granadino. Los habitantes del Albaicin, que duermen á la sombra de su alcazaba, detestan á los habitantes de la ciudad, que duermen á la sombra de su Alhambra. Abencerrajes y zegríes, zenetas y gomerés, sirios y africanos, judíos y conversos toman pretexto de cualquier caso para mostrar esos desabrimientos que roen las bases de los imperios y mellan el metal de las diademas. Muerto en la batalla de Calatañazor aquel visir invencible, sobre cuyos hombros descansaba el imperio y en cuyas manos la morada de los califas era como un juguete, cuando el polvo recogido en cien combates cubria su cuerpo inanimado, quebróse, al par que su alfange victorioso, la autoridad suprema, y

cayeron despeñadas las ciudades musulmicas; porque el serrallo fué liza, los esclavos y los negros de la Guardia Real combatientes, los eunucos del harem dominadores, los barrios de la ciudad enemigos, los walies de las provincias soberanos, y el desastre llegó hasta la rebelion, y la rebelion hasta la guerra, y la guerra hasta la anarquía, y la anarquía hasta el acabamiento de tan vasto imperio. Pues bien; algo igual sucede ahora en vuestra Granada, y la mano de Dios, que siembra estas discordias entre los infieles, mueve el coraje de los cristianos. Pues qué, ¿no ves como los nobles andaluces levantan los pendones mas gloriosos y cercan las ciudades mas abruptas, entrando en ellas, si no como sitiadores que suben por penosa cuesta á las fortalezas, como águilas que caen de lo alto sobre sus víctimas? En las puertas mismas de Granada, al amor de las sombras, el guerrero castellano, que husmea el instante de poner la cruz sobre la torre bermeja, clava con su puñal agudo las leyendas de la religion cristiana y conjura á vuestras huestes para que peleen con nuestras huestes en los campos y á vuestros ángeles para que peleen con nuestros ángeles en los aires. La batalla de la Higuera, dada cerca de Sierra Elvira, en que vieron los infieles caracolear nuestros caballos al borde de sus acequias y acuartelarse nuestras legiones en el recinto de sus almunias, gallardeando los plumajes de las órdenes militares y los gallardetes de las libres municipalidades entre las ramas y flores de la Vega; aquel singular hecho de armas dice bien claramente como la cruzada de siete siglos llega á su término y se corona con la mas bella diadema que podria reservarle en sus designios el Eterno, con la deslumbradora diadema de la Alhambra. Así, los descendientes del rey Bermejo han escrito escrituras y jurado juramentos de vasallaje al rey castellano. Así, el moro Gilaire ha renegado de su religion y ha corrido á Jaen, donde los nuestros le han dado el apellido de Venegas y los vuestros el de Tornadizo. El rey zurdo cayó tres veces del trono; y el rey cojo le impuso, levantándose en armas, abdicacion vergonzosa. Á los senos de tu reino, á los retiros de tu palacio han venido los destronados y los pretendientes pidiendo lanzas, ora para desahogar sus cóleras, ora para satisfacer sus ambiciones. El reino de Granada tiene un héroe á su cabeza; pero ese héroe ha sido asaltado por el mas implacable y mas invencible de los vicios, por la lujuria, la cual corroe con su veneno así las entrañas de los hombres como las entrañas de los reinos. Los godos, nuestros progenitores, vivian tranquilos en su imperio y gozaban de España á su sabor, herederos violentos, pero necesarios, de los antiguos romanos. Y el último de sus reyes volvió contra sí el prestigio de los nobles, la autoridad de los obispos, las armas de los soldados y las pasiones de los pueblos, porque habia convertido el solio de Wamba en el lecho de la Cava. Los árabes tienen su Rodrigo en Muley-Hacem, el rey héroe, y su Cava en Zoraya, la cautiva cristiana.

—Cuéntame lo que sepas, Fernan, de esos amores.

—Permíteme un poco de descanso, dijo Fernan, y te recrearé en lo posible con esta interesante narracion.

—No permitas, Alhá, no permitas, exclamó el Sultan, que los infieles entren á su arbitrio en los jardines mas bellos de tu paraíso.

Y abrió los oidos al relato de Fernan.